

**Las dificultades de un viejo ideal.  
(A propósito de Norberto Bobbio,  
liberalismo y socialismo)**

*Jorge Nieto Montesinos*

WINSTON CHURCHILL DIJO UN día, en chanza, que la democracia era la peor forma de gobierno que se conocía, excepción hecha de todas las otras formas de gobierno existentes. Con su agudeza característica, el político británico resumía en un instante lo que sería la conclusión del pensamiento de Norberto Bobbio, varias décadas después. Cinco años antes de que en 1951 el filósofo político italiano abriera su primer gran debate sobre el Estado y sus instituciones, sir Karl Popper<sup>1</sup> ya había sugerido que se requería de un giro copernicano en el problema fundamental de la teoría política: no se trataba de preguntarse acerca de *¿quién debía gobernar?*, sino que la pregunta pertinente debía formularse así: *¿cómo debe estar constituido el Estado para que sea posible deshacerse de los malos gobernantes sin violencia y sin derramamiento de sangre?* Aunque la formulación bobbiana fue luego bastante más cristalina, es evidente que ella se encontraba ya, *in nuce*, en la formulación del intelectual vienés.

Con todo ello, lo que se quiere sugerir es que, como Bobbio mismo lo señala con reiteración, no es la originalidad lo que caracteriza a su obra, sino por el contrario, su capacidad de retomar viejos problemas y darles, además de un giro actual, una formulación global capaz de rescatar la historia misma a través de la cual se fue constituyendo un problema.

Porque, en efecto, el propio empeño por fundir en un solo

<sup>1</sup> Karl Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*, 1945.

cuerpo teórico las tradiciones del liberalismo y del socialismo no es nuevo. Anderson nos informa que, desde sus propios fundadores, los pensadores liberales trataron durante largo tiempo de rescatar para su propio cuerpo doctrinario los avances sociales contenidos en el ideal socialista.<sup>2</sup> Así, John Stuart Mili —quien en sus *Principios de economía política* (1848) había realizado una aguda crítica de las ideas socialistas, meras quimeras sin base alguna en la historia, apenas un año después, en la edición corregida de la misma obra en 1849— señaló que el socialismo era uno de los elementos más valiosos para el mejoramiento humano que existen en la actualidad. Entre una edición y otra había habido dos hechos sustanciales en la vida de Mili: uno, los levantamientos urbanos en las principales ciudades europeas —las llamadas revoluciones de 1848—; otro, el amor de Harriet Taylor, abierta simpatizante de las mismas. Al fin de sus días, este fundador del liberalismo señalaría que: “...los problemas sociales del futuro consistirían en unir la mayor libertad individual de acción con una propiedad comunal de las materias primas y una participación igual de todos los beneficios del trabajo combinado”.<sup>3</sup>

Desde entonces, larga es la lista de pensadores liberales que han tratado de resolver de manera satisfactoria la relación entre el liberalismo y el socialismo, o, más generalmente, entre la libertad y la justicia: viejo sueño humano. Y si bien hoy hay quienes renuncian a este empeño, optando por la libertad —Leszek Kolakowsky, por ejemplo— o por la justicia —la mayoría de la intelectualidad marxista latinoamericana—, ha habido en los úl-

<sup>2</sup> Perry Anderson, “Liberalismo y socialismo en Norberto Bobbio”, *Cuadernos Políticos*, núm. 56, México. De hecho el presente texto está inspirado en diálogo polémico con el artículo de Anderson. La distancia de él en dos puntos centrales: *a)* lejos de ver la evolución del pensamiento de Bobbio como resultado de las contradicciones propias de un liberal —sesgo teleológico en el cual me parece cae Anderson—, quiere ubicarla en los diversos contextos polémicos en los que se vio inmerso y que fueron produciendo las notas definitivas de sus teorizaciones y, *b)* por tanto, no considera el programa teórico que quiere articular socialismo y liberalismo como mera quimera destinada al proceso —o en el peor de los casos como expresión de los esfuerzos liberales por construir su hegemonía— sino como cuestión central de la teoría política contemporánea, y también como problema político medular para producir una renovación democrática del socialismo.

<sup>3</sup> Por lo demás, este artículo es deudor —como al parecer el de Anderson— de las lecturas, a veces muy puntuales, del español Alfonso Ruiz Miguel, que ha seguido los textos de Bobbio y los de sus antagonistas, sin teorizar los debates.

timos años, en parte gracias a Bobbio, un verdadero *revival* de tan antiguo propósito.<sup>4</sup>

Pero, y esto se le escapa a Anderson, lo que distingue el acercamiento entre liberalismo y socialismo que se realiza en la actualidad, con todo aquel que se realizó previo al proceso de desestalinización, es que, en el pasado era el liberalismo el que estaba sentado en el banquillo del juicio. Debía por ello responder a las críticas ásperas que el socialismo le formulaba, con la ventaja de que éste era aún una idea y aquél mostraba ya entonces las dificultades de la construcción de lo real; las faltas del liberalismo eran juzgadas desde las promesas del socialismo. Hoy, en cambio, se asiste a una situación exactamente inversa: es el liberalismo el que pide cuentas. Después de más de un siglo, las miserias sociales que fueron el talón de Aquiles del liberalismo decimonónico parecen considerablemente atenuadas en los países centrales, y la tercera Revolución Industrial —la de la organización y la computarización del mundo— parece pronosticar un futuro de abundancia. Al otro lado, como contrapartida, no sólo no parecen resueltos los problemas de la justicia social, sino que ellos se ven agravados por la carencia de libertades públicas.

Así, la situación parece ser exactamente al contrario que la época de Mili: hoy no es el liberalismo el que quiere rescatar para sí los valores de justicia del socialismo; a la inversa, es el socialismo el que se ve llevado a recoger los valores del liberalismo —libertades individuales y mercado libre— como manera de producir su revitalización, no únicamente política sino productiva. Acaso sea este nuevo contexto el que haya hecho que el pensamiento de Norberto Bobbio si no reclama originalidades recónditas, sí ha sido el que, colocado en la encrucijada entre liberalismo y socialismo, ha recibido la mayor atención y ha sabido de mayores realizaciones en el terreno de la política. Pero tal vez sea posible explicarse por qué.

### ¿Quién es Bobbio?

Nacido en el Piamonte, hace 80 años, en 1909, Bobbio creció

<sup>4</sup> John Rawls, *Teoría de la justicia*, 1971; C.B. Macpherson, *Vida y tiempos de la democracia liberal*, 1977; Robert Dahl, *A Preface to Economic Democracy*, 1985; Alec Nove, *La economía del socialismo factible*, 1983; John Dunn, *La política del socialismo*, 1984; etcétera, sin señalar las obras producidas en el contexto del debate italiano.

en lo que él denominó un "...ambiente burgués patriótico".<sup>5</sup> Su juventud y su madurez se dieron durante el régimen fascista. De esa época dirá que "...entre quienes habían resistido al fascismo... y quienes habían cedido, durante mucho tiempo no estuve convencido de que tuvieran históricamente razón los primeros. Era propenso a darles la razón en el plano moral, pero no en el político".<sup>6</sup> Ya en este rasgo de su personalidad se iba insinuando una de las tensiones de su carácter que su formación convertirá en dilema teórico: de un lado, una integridad ética reconocida por amigos y adversarios, convicciones que le llevaron al liberalismo consecuente y al socialismo; por otro lado, una rara capacidad para situar la discusión de los problemas del Estado en el sólido terreno de las realidades, lo que lo hará gran continuador del realismo político de Maquiavelo. Si algo heroico tiene Bobbio, es precisamente esa serenidad para llevar a sus últimas consecuencias, sin resolver aún hoy plenamente, esa tensión entre sus convicciones éticas y su mirada realista: entre lo que él quisiera y lo que la realidad permite.

Entre 1928 y 1933 estudia derecho y filosofía. De abogado se gradúa en 1931 y de filósofo en 1933, en la Universidad de Turín. Sólo hasta 1935 entra a la docencia universitaria en Camerino, enseñando filosofía del derecho. La influencia liberal que había sentido en la universidad, a través del estudio de la obra de Piero Gobetti, encontró en esta nueva residencia terreno fructífero para desarrollarse: se vuelve asiduo de un grupo intelectual autodefinido liberal-socialista denominado "Justicia y Libertad". Su primera detención política la sufriría en 1935, como simpatizante de este grupo. Con posterioridad, confluían junto con otros grupos semejantes en el "Partido de Acción", grupo antifascista fundado por G. Calogero y A. Capitini, filósofos de la Escuela Normal de Pisa. En este contexto sería fuertemente influido por Capitini, quien en su obra *Elementos de una experiencia religiosa*, preconizaría desde un punto de vista ético-religioso la oposición al fascismo a través de la desobediencia civil.

<sup>5</sup> N. Bobbio, *Cultura vecchia e politica nuova*, Mulino IV, julio, núm. 7, 1955. Reproducido en *Política e cultura*, Turín, Einaudi, 1955. Tomado de A. Ruiz Miguel, "La contribución teórico-política de Norberto Bobbio al debate contemporáneo de la izquierda".

<sup>6</sup> *Ibidem*.

La entrada de Italia en la segunda guerra, en 1940, junto con el endurecimiento del régimen fascista, tuvo fuertes consecuencias para la vida académica del joven profesor universitario: sus alumnos eran reclutados por fuerza para las brigadas del ejército mussoliniano, y sus amigos deportados por sus ideas de oposición al régimen. El resultado fue que Bobbio se dio de lleno a la actividad política de resistencia. Se traslada a la ciudad de Padua y forma el grupo de base del "Partido de Acción". En 1943 es detenido nuevamente, esta vez por tres meses. Al año siguiente forma parte del Frente de los Intelectuales, representando a su partido, y en contacto con las grandes fuerzas políticas de la resistencia. Su primer artículo político data de entonces: lo escribe en una revista clandestina de la resistencia llamada *La Hora de la Acción*.

De su participación en la resistencia antifascista quedará marcado por varios elementos vitales e intelectuales que nunca abandonará: más que adquirir ideas a la manera de la elaboración intelectual, Bobbio se "casó" entonces con determinadas convicciones que después querrá teorizar.

De un lado, la resolución de su inicial dilema frente al fascismo por la vía de un impulso ético lo llevó a asumir desde entonces un radicalismo liberal sensible y opositor de principio a toda forma de dictadura. Varios años más tarde, en su debate con los intelectuales comunistas les recordará su —para él loable— comportamiento antidictatorial de esa época. De otro lado, su relación con la resistencia y la realidad social de sus actores más importantes, los trabajadores italianos —socialistas, comunistas, democristianos, etc.—, lo llevaría a asumir entonces un profundo sentido de reforma social, que identificó con el socialismo y a propugnar la total transformación italiana en la posguerra, sin acudir a la violencia.

Los primeros años de la posguerra fueron el escenario en que una vasta generación de intelectuales de distinta procedencia política —"Geymonat, Abbagnano, Garin, Bobbio— quisieron fundar una nueva Italia con base en un "nuevo Iluminismo". Estos intentos renovadores pronto se estrellaron con el inicio de la Guerra Fría, el fin de la colaboración política entre los partidos antifascistas y el inicio del largo predominio de la Democracia Cristiana italiana. El "Partido de Acción" de Bobbio fracasa rápidamente: la mayoría de sus integrantes irán a militar al Par-

tido Comunista italiano, al socialista, al republicano y aún a la DC. Bobbio prefirió quedarse solo y mantener sus viejas convicciones liberal-socialistas. De aquella época, dirá:

...teníamos posiciones morales claras y firmes, pero políticas sutiles y dialécticas, y por lo tanto móviles, continuamente en búsqueda de una inserción en la vida política italiana... Moralistas ante todo, preconizábamos una renovación total de la vida política italiana, comenzando por las costumbres. Pero creíamos que para tal renovación no se debería hacer una revolución. Por eso fuimos rechazados por la burguesía, que no quería ninguna renovación, y por el proletariado que no quería renunciar a la Revolución. Por consiguiente, quedamos cara a cara con la pequeña burguesía, que era la clase menos proclive a seguirnos; y no fuimos seguidos. De veras fue un espectáculo un tanto penoso ver a esos *enfant terribles* de la cultura italiana en contacto con las capas más medrosas y débiles, estos cerebros en movimiento permanente intentando hablar con las cabezas más perezosas y filisteas, estos incitadores de escándalos, sonriendo en complicidad a los ciudadanos más tímidos y conformistas; estos moralistas superintransigentes predicando a especialistas en compromisos... Fíjese si un matrimonio entre los dos era posible.<sup>7</sup>

El proceso político, sumado a la división de las fuerzas políticas —pronorteamericanas (DC) y prosoviéticas (PC)— de la resistencia italiana en un contexto de guerra fría, definió a Norberto Bobbio en una doble dirección: por una parte, al mantener enhiestas sus convicciones previas, decidió continuar como intelectual solitario; de otro, al querer unificar al bloque italiano del que había formado parte —el proyecto de la nueva Italia— decidió convertirse en el promotor teórico de la unificación del pensamiento liberal con el pensamiento marxista. Así, el repliegue de Bobbio a la Universidad de Turín y a la enseñanza de derecho y filosofía en 1948, era apenas el inicio de un largo rodeo: se trataba de reformar la política italiana hasta el punto de hacer viables sus opciones políticas. El programa teórico de Bobbio, la formulación de una teoría general de la política, era en realidad la piedra necesaria sobre la cual debía fundarse la nueva Italia, aquella que la resistencia antifascista había perfilado en boceto. Si acaso su nombramiento como senador vitalicio de la República Italiana en la década de los ochenta, verdadera autoridad

<sup>7</sup> *Encuesta sobre el Partido de Acción*, Roma, 1951. Citado de A. Ruiz Miguel, *op. cit.*

moral de la vida pública de su país, era el tardío reconocimiento a quien puede definirse, tal vez como a Weber, más que como un político fracasado, como un político imposible.

Estos largos años de la década de los treinta, no sólo fueron años de apasionado compromiso político. Bobbio también fue cimentando entonces una vasta cultura que se movía con facilidad en diversos campos. En filosofía, antes de la guerra estudió con detenimiento a Husserl y Schiler; durante la guerra —quizás el periodo de su vida más “radical”— trabajó las ideas de Heidegger y Jaspers. Producto de ello es su ensayo *La filosofía del decadentismo*, una ferviente requisitoria contra el individualismo aristocrático de ambos, en nombre de una postura humanista y democrática. Después de la guerra se mediría con el positivismo lógico de Carnap y Ayer.<sup>8</sup>

En el pensamiento político acaso no sea exagerado decir que difícilmente pueda haber hoy algún intelectual con más conocimiento de las doctrinas políticas de Occidente: de Platón y Aristóteles a Madison o Tocqueville, pasando por Demócrito, Erasmo, Maquiavelo, Hobbes, Locke, Rousseau, Burke, Hegel, Mill y muchos otros. Bobbio ha realizado un estudio enciclopédico del pensamiento político. Por ello son célebres las clasificaciones que hace de esos autores por diversos temas, según sus puntos de vista: sobre el poder, el gobierno, la legitimidad, etc. Tales clasificaciones sólo son posibles gracias a su gran erudición. Pero, también, ellas mismas son producción de conocimiento y no mera exposición, como podría fácilmente pensarse.<sup>9</sup>

Finalmente, a diferencia de muchos intelectuales de su misma tradición teórica, Bobbio tiene un conocimiento bastante logrado de Marx, algo menor de Lenin o Kautsky, y curiosamente bastante más elemental de Gramsci. Quizás este desconocimiento, sumado a su temperamento laico y dubitativo, es lo que haya hecho de Bobbio una *rara avis* de la cultura de izquierda italiana —si no mundial—, tan acostumbrada a la exégesis religiosa de los textos, y a un uso exclusivo del principio de autoridad para resolver disputas teóricas. De allí que Bobbio haya preferido siempre el conocimiento exacto de los hechos. Como lo ha señalado él mismo, los frutos más saludables de la tradición intelectual

<sup>8</sup> Anderson, *op. cit.*

<sup>9</sup> Véase, por ejemplo, N. Bobbio, *Estado, gobierno, sociedad*, FCE, 1987.

europea son: "...el valor de la investigación, el fermento de la duda, la voluntad de diálogo, el espíritu crítico, la moderación en el juicio, los escrúpulos filológicos, el sentido de la complejidad de las cosas...".<sup>10</sup>

Entonces, a fines de la década de los cuarenta, en vísperas de su primer gran debate, Bobbio había definido ya, un propósito general: unificar en un solo haz la tradición liberal italiana con la tradición socialista marxista, él sería el mediador; un programa teórico: fundar una teoría general de la política; y un espacio de reflexión delimitado: aquel que perfila la confluencia de tres vertientes teórico-políticas: el liberalismo, el socialismo y el realismo.

Ciertamente, el liberalismo de Bobbio adopta todas las características fundadoras del liberalismo en Italia. Recuérdese que, tempranamente, Gobetti había distinguido entre liberalismo y liberismo. El primero, político y asociado con la libertad individual. El segundo, económico y ligado con el mercado. De ambos se prefería al primero: el verdadero liberalismo. Es que, en Italia, el liberalismo no sólo había sido la ideología que unificó a la República, en contra de la monarquía y de la Iglesia, sino que había reafirmado su función progresiva durante el fascismo. A diferencia de Inglaterra, donde se consumó pronto como programa —el estado mínimo y la libertad de comercio—, o de Francia, donde siempre fue el velo sutil con que la restauración monárquica quería el retorno al pasado de privilegios censitarios, o aun de Alemania, país en que Bismarck unificó a la nación sobre la capitulación liberal; en Italia, el liberalismo fue siempre un ideal progresivo y alguna vez victorioso: acaso los italianos hablen tanto porque en su tradición política el liberalismo les devolvió la palabra.

De allí que, en Italia, liberales fueron muchos: Giolitti, represivo y corrupto cooptador; Pareto, propugnador del "liberismo" —liberalismo económico—, al tiempo que propugnador del tenor antiobrero y la liquidación de la democracia parlamentaria; y aun Benedetto Croce, que de un liberalismo ético pasó a apoyar la dictadura fascista de Mussolini. El liberalismo de Bobbio, por ello, debió demarcarse de aquéllos. Y fue a buscar sus fuentes teóricas allí donde más límpidamente político lo halló,

<sup>10</sup> N. Bobbio, *Política e cultura*, Turín, 1955.

en “el gobierno representativo y la libertad”, de J. Stuart Mili, y en la tradición inglesa. Es esto, por ejemplo, lo que lo distancia de un miembro de su generación, Raymond Aron: el liberalismo de éste es, usando a Gobetti, liberismo.

Su socialismo, en cambio, si bien era éticamente consistente,<sup>11</sup> se debatía en todos los dilemas en que se encontraba el movimiento del que Bobbio era partícipe. “Revolución liberal, liberalismo socialista, socialismo liberal, comunismo liberal: ¿ha producido alguna otra nación semejante gama de híbridos?”<sup>12</sup> El socialismo de Bobbio era, finalmente, un gran impulso a la reforma social, sin que fuera preciso llegar a la violencia: las reformas deben darse gradualmente dentro de los límites del sistema.

Su realismo, en cambio, lo llevaba en una dirección distinta, la indagación histórica y empírica sobre las formas específicas a través de las cuales se gana y se ejerce el dominio: el tema del poder y de la violencia como fundadores del orden, aquellos que precisamente rechazaba para lograr su programa social. ¿Será esto una forma de manifestarse el recuerdo brutal de los años de Mussolini? El hecho es que la tradición realista lo colocaba en una misma coordenada, en su reflexión sobre el Estado, junto a Hobbes y a Lenin, a Hegel y a Marx, y por supuesto, a Maquiavelo, a Mosca y a Pareto. Pero a diferencia de todos ellos,

<sup>11</sup> “Hemos dejado a la espalda el decadentismo, que era la expresión ideológica de una clase en declive, lo hemos abandonado porque participamos en el esfuerzo y las esperanzas de una clase nueva. Estoy seguro que si no hubiéramos aprendido del marxismo a ver la historia desde el punto de vista de los oprimidos... no nos habríamos salvado. O habríamos buscado refugio en la isla de la interioridad o nos habríamos puesto al servicio de los viejos amos”.

<sup>12</sup> Perry Anderson, *op. cit.* Para Anderson, la persistencia del liberalismo en Italia, y sus múltiples intentos de conjugación (“híbridos” los llama) con el socialismo, deviene del hecho de que aquél no realizó su programa, con lo que se supone que si lo hubiera realizado (estableciendo un espacio para la política en el marco del capitalismo) o tales “híbridos” no hubieran existido, o su importancia social sería menor. El punto es que, si bien Bobbio hereda tal tradición, el hilo conductor que guía sus reflexiones no es el de la realización plena del programa liberal o el de sus dificultades para lograrlo —como si la historia en la realización de los programas teóricos y políticos estuviera dictaminada *ab ovo* y no dependiera de los hechos de los hombres—, sino que es el de la realización autoritaria del socialismo o las dificultades para su realización democrática. Además, una tradición cultural como la italiana, tan permeada por la idea de lo específico de la política, no da mucho terreno para olvidarse del problema de las mediaciones institucionales, cuestión modal de la doctrina liberal. Las razones para articular liberalismo y socialismo son, pues, bastante más importantes que la sola imposibilidad del primero de sus términos.

y recogiendo los aprendizajes de la tradición inglesa, Bobbio refundaba el realismo sacándolo de la pura reflexión sobre el *poder*, y colocándolo junto con éste, en el marco del Estado como complejo institucional objetivo.

Éste es el Bobbio que va a propiciar el debate de los cincuenta en Italia.

### **Un debate en tres tiempos (la década de los cincuenta)**

El primer empeño polémico para establecer su programa lo realizó Bobbio en los primeros años de la década de los cincuenta. En plena Guerra Fría, la “Asociación Italiana para la Libertad de la Cultura” desarrollaba intensas campañas anticomunistas en el característico tono macartista de la época. En un artículo que denominó precisamente “Invitación al diálogo”,<sup>13</sup> Bobbio defendía a los comunistas y proponía dos temas centrales de discusión.

Por una parte, planteaba una cuestión sobre el papel del intelectual y la posición de la cultura. Asimilando las tesis de B. Croce, postulaba la misión del intelectual como portador de la conciencia moral en el desarrollo de la libertad, como razón esclarecedora que busca sembrar las dudas sobre las cuestiones candentes de la actualidad, dudas sobre las cuales es posible rescatar la función mediadora y comunicativa del diálogo.

En relación con ello, denostaba la división de la intelectualidad italiana en lo que denominaba los “paladines de Occidente” y los “paladines de Oriente”. A los primeros les recordaba que el marxismo era uno de los más seguros hijos de la Ilustración, y como tal, los regímenes comunistas eran, en realidad, continuadores de lo mejor de la tradición occidental.

Frente a los segundos, y aquí introducía otro de los temas centrales de discusión, les señalaba la necesidad de que, como herederos de Occidente, y de la Ilustración, realizaran su defensa, en particular, la de la tradición occidental de la libertad individual y de los mecanismos jurídicos creados para protegerla.

Así, uno de los temas era básicamente cultural; el otro sobre todo político.

<sup>13</sup> Bobbio, *op. cit.*

Si en clave internacional los propósitos de Bobbio al iniciar este debate pueden ser hallados ilusos: era difícil que hubiera podido lograrse un intercambio estadounidense-soviético en ese período, visto desde su prisma específicamente italiano sus objetivos no eran tan irreales. Su tarea, disolver las resistencias teóricas y emocionales para un diálogo italiano, ¿no es éste el origen de las propuestas de “compromiso histórico” que fructificaran a fines de los sesenta e inicios de los setenta?

Pero lo que para Bobbio fue el planteamiento de un debate bifronte: a un lado con los comunistas, a otro lado con los liberales, se convirtió, pese a su voluntad, y al margen de ella, en un debate de Bobbio con los más importantes intelectuales comunistas. La parte liberal convocada prefirió eximirse. El propósito mediador del intelectual italiano empezaba con dificultades.

Esta disposición de la discusión tuvo tres consecuencias que serían, algunas, perceptibles sólo en el largo plazo. Una, la mediación bobbiana no se dio de inmediato en el plano político, y sólo lo hizo muy lentamente en el plano cultural. Otra, frente al trío de intelectuales comunistas que salieron, uno tras otro, a la discusión, Bobbio terminó defendiendo las posiciones liberales. Finalmente, las repercusiones del debate fueron, sobre todo, al interior de la izquierda, y no, como Bobbio había querido, nacionales. Por tanto, Bobbio terminó siendo un liberal, pero un liberal dentro de la izquierda.

El primero de los intelectuales comunistas en responder a Bobbio fue Bianchi-Bandinelli.<sup>14</sup> Sus argumentos eran más bien simples. De un lado, Bianchi argumentaba que la cultura en Occidente no era tan libre como se quería, dado que existían las determinaciones clasistas conocidas; de otro lado, tampoco era verdad que en la URSS la cultura fuera un exclusivo producto partidista. La relación entre intelectuales y partido era bastante más compleja de lo que se suponía.

La respuesta de Bobbio no se hizo esperar. Señalaba que los comunistas, al aceptar como valor el de la libertad en la cultura, y querer recortarlo, dan una polémica perdida: se desenvuelven en un terreno que no es el suyo, que es, por excelencia, un terre-

<sup>14</sup> R. Bianchi-Bandinelli, *Confluenze e dissolvenze*, 1952, cito de A. Ruiz Miguel, *op. cit.*

no liberal. Pero, además, si tratan de recortar el papel de la libertad en la creación cultural acudiendo a la defensa de otro valor, yerran aún más; aquél no es un valor, ni estético ni cultural, sino político. Así, concluía: “Sin la libertad, que es la condición misma de la vida civil y de todo avance humano, las cosas más importantes se vuelven secundarias, y las cosas buenas se vuelven tristes”.

La rápida y contundente victoria de Bobbio en el debate estremeció a las filas comunistas. Tanto, que obligado por la persistencia del ataque de Bobbio, el máximo teórico del PCI se vio llamado a intervenir: Galvano Della Volpe. Éste llevó de inmediato la discusión a un terreno más elevado: se remitió a los principios políticos fundamentales y a las tradiciones filosóficas en cuestión.<sup>15</sup>

Estableciendo una nítida distinción entre democracia y liberalismo, Della Volpe comparaba las críticas bobbianas a aquellas que, en otra época, le hiciera Benjamín Constant a J.J. Rousseau. De allí pasaba a señalar que el sujeto de la soberanía soviética no era la burguesa sociedad civil de clases, unificables en el individuo abstracto, sino la proletaria masa orgánica de los trabajadores. Por ello, la democratización soviética de la administración, no sólo de la legislación, superaba la división de poderes liberal: la *libertas maior* del socialismo era mejor, e incluso de la *libertas minor* liberal. El socialismo era, por ello, el civismo de la democracia antigua junto con el sentido moderno de la humanidad.

La respuesta de Bobbio, en sucesivos artículos, empezó ya a articular las bases de su pensamiento distintivo. Señalaba, de una parte, la confusión marxista entre la dictadura como dominación social y la dictadura como forma de gobierno. Si algo se le reprochaba a la URSS era ser dictadura en el segundo sentido y no en el primero. Pero, además, se trataba también de que había dos conceptos de democracia: una concebida como gobierno *por* el pueblo, liberal; y otra concebida como gobierno *para* el pueblo, marxista. Y ésta no incluía a aquélla.

Y concluía señalando que prefería ocuparse de la libertad actual, en vez de hablar de una libertad futura que nadie garantiza, resaltando que: la limitación del poder, de todo poder, no

<sup>15</sup> Véase toda la intervención en G. Della Volpe, *Rousseau y Marx*.

tenía sentido unívoco de clase; y que la *libertas maior* (libertad como autonomía) es distinta que la *libertas minor* (libertad como no impedimento) y que no se suponen: una sin la otra no es posible. Terminaba diciendo que:

Contra los reaccionarios continuamos defendiendo, pues, la libertad de los modernos frente a la de los antiguos. Pero no olvidemos que hay que defenderla igualmente, contra el progresismo demasiado audaz, de la de los descendientes.<sup>16</sup>

La polémica fue tan ardua que esta vez, en un tercer tiempo, el propio secretario general del PCI, Palmiro Togliatti, bajo el seudónimo de Rodrigo di Castiglia, fue quien intervino. Togliatti di Castiglia introdujo dos giros en la discusión: uno, señaló que si bien las tesis comunistas se oponen a las tesis liberales, comunismo y libertad no eran incompatibles; y dos, que los trabajadores no se oponían a la libertad, sino a los privilegios que en su nombre se defendían.

Distinguiendo tres conceptos de libertad enunciados en el debate,<sup>17</sup> la libertad como autonomía, como no impedimento y como poder, Bobbio concluía señalando que sólo su conjugación podía garantizar una real libertad: ni la libertad de hacer las cosas, sin poderlas hacer realmente; ni la libertad de poder hacerlas, sin hacerlas libremente: sólo la libertad de poder hacer en libertad era verdadera libertad.

Pero, a mediados de 1956, Bobbio aprovechó los sucesos del XX Congreso del PCUS para remachar sus tesis. Reclamaba la necesidad de superar la tradición idealista italiana, tan reacia a reconocer la verdad de los hechos, y a rescatar los sanos valores del positivismo, tan opuestos a la utilización de los principios de autoridad en los debates. Señalaba la existencia en el marxismo de una filosofía de la historia simple: se fija en una abstracta dialéctica de las clases y no en la concreta dialéctica del poder, todo ello devenía en que el Estado y las formas de gobierno no eran tematizados, tendencia reforzada por un predominio “ideológico” de la infraestructura sobre la superestructura.

Entonces, concluyendo este primer debate, Bobbio reiteraba la invitación a todas las fuerzas políticas italianas: la vía de unificar la lucha por la justicia y la lucha por la libertad, era la

<sup>16</sup> Véase *Política e cultura*.

<sup>17</sup> *Ibidem*.

única que podía llevar al país al desarrollo social y a la democracia política. ¿No estaba anunciando así la “*terza via*”?

### Un debate de su tiempo (la década de los setenta)

El segundo gran debate que Bobbio impulsó en la cultura italiana ocurrió a mediados de la década de los setenta. Para entonces, había ya grandes cambios en la escena mundial e italiana. La coexistencia pacífica se había abierto paso entre las gélidas aguas de la Guerra Fría, con todas sus consecuencias en el mundo intelectual.

En Italia el sistema de partidos había colocado como las dos grandes fuerzas a la Democracia Cristiana y al Partido Comunista, mientras el Partido Socialista se hallaba en franco declive. Además, aún estaban frescos los sucesos de 1968 en Italia, que fueron para Bobbio y su generación uno de sus más amargos momentos: la revuelta hedonista y revolucionaria de los jóvenes —estudiantes y obreros— era lo más alejado del ideal ético neoiluminista que la generación de posguerra había pretendido para Italia.<sup>18</sup>

Por ello, mientras el PCI se convertía en centro de atracción del electorado en junio de 1975 y 1976, se producía a su interior un agudo proceso de maduración ideológica, al que Bobbio no era ajeno, y que estaba dando como resultado político, en Italia, el “compromiso histórico”, en Europa latina, el eurocomunismo, oficialmente fundado luego de la entrevista Berlinguer-Carrillo-Marchais, en 1975.

Al propio tiempo, por la izquierda del PCI y como secuela de 1968 se desarrollaba un ala izquierda teórica, que pretendía influir en el debate italiano desde una propuesta “basista” de democracia directa.

En este contexto, Bobbio intervino para orientar —y reorientar— el debate con dos artículos: “¿Existe una doctrina marxista del Estado?” y “¿Cuál alternativa a la democracia representativa?”. Continuando con los rasgos culturales del debate italiano, no eran las estrategias políticas lo que se ponía en discusión, sino sus principios teóricos.

<sup>18</sup> Un hijo de Bobbio sería entonces un connotado dirigente de “Lotta Continua”, grupo radical de la época.

Pero a diferencia del debate anterior, esta vez había una serie de características distintivas que indicaban las transformaciones ocurridas en la sociedad italiana. A diferencia de la década de los cincuenta, no existía ahora una demarcación estricta de las posiciones teóricas: era posible ver a teóricos de una misma corriente debatiendo entre sí o proximidades mayores entre intelectuales de tradiciones diversas. Los propios conceptos utilizados en el debate eran ahora materia de discusión y habían perdido la univocidad de la que parecían investidos hacia poco tiempo. El campo de discusión se amplió, incluyéndose esta vez una amplia gama de intelectuales y políticos (Cerroni, Gerratana, Ingrao, Signorile, etc.), pero así como en los cincuenta la parte liberal estuvo ausente, esta vez uno de los convocados por los ataques de Bobbio, la izquierda teórica extraparlamentaria, se sumó a aquella ausencia.<sup>19</sup>

El debate reflejó pronto algo que ya se podía derivar de todo lo anterior: la gravitación de Bobbio en el pensamiento político italiano era central. Sus ideas centrales esta vez eran casi el consenso del que partían los polemistas.

Si el primer artículo de Bobbio era una reiteración más elaborada de sus argumentos de la década de los cincuenta: la inexistencia de una teoría marxista del Estado; su segundo artículo traía novedades fundamentales, que expresaban la conclusión de un pensamiento en constante maduración. En este texto, se optaba definitivamente por conceptualizar a la democracia como un método de gobierno, cuya base era la primacía del principio de mayoría, junto con el respeto de las minorías.

Bobbio señalaba en esas intervenciones las cuatro paradojas que dificultan la democracia:

1. La gran extensión de las actuales sociedades.
2. El incremento de problemas que requieren pericia técnica para su solución.
3. El desarrollo de la burocracia favorecida por la extensión del sufragio y la expansión del estado de bienestar.
4. El avance de las técnicas de manipulación del consenso.

Frente a estas obvias dificultades, se han planteado tres métodos de solución condensados en la idea de la democracia directa:

<sup>19</sup> A excepción de Antonio Negri, luego complicado en la investigación sobre las Brigadas Rojas.

a) los referéndum, cuya dificultad para Bobbio estriba en que no pueden hacerse cargo del volumen de la compleja legislación necesaria;

b) las asambleas populares, que son impracticables en escala nacional, y

c) los mandatos revocables, que sin embargo, permiten el autoritarismo que existe, esta vez, bajo la forma de disciplina de partido.

Se trata, entonces, del hecho de que la democracia directa no funciona como alternativa eficaz a la democracia representativa. Por lo tanto, la tarea no es suplir a una con otra, sino la de extender los procedimientos democráticos más allá de las instituciones representativas liberales. Así, se debería lograr transitar:

a) de una democracia política a una democracia social;

b) transformándose el problema central de *¿Quién vota?*, en *¿Dónde se vota?*

Se configuraron de esta manera los dos grandes problemas del pensamiento bobbio:

I. El problema no es *quién* gobierna, sino *cómo* gobierna: cuestión que alude a la temática de los cincuenta, pero que en su formulación actual lleva implícita la posibilidad del abandono del tema del cambio, al tiempo que el evanescimiento del tópic del poder, y

II. El problema no es *quién* vota, sino *dónde* vota; que si bien se propone una extensión social del ejercicio democrático llevándolo a instancias nuevas (por ejemplo, la fábrica), puede implicar también un retorno al liberalismo no democrático.

La propia fuerza de su argumentación llevará a Bobbio a desarrollar el tema del principio de mayorías —la *règola de maggioranza*—, en una línea semejante aunque más avanzada a la de Clauss Offe.

Definirá que no basta hablar de regla de mayorías para connotar a la democracia, pues la regla de mayorías, ni es exclusiva del sistema democrático ni en él todas las decisiones se toman por mayoría. En la democracia, es el principio de mayorías aplicado a las votaciones hechas bajo el sufragio universal el que la define.

Ahora bien, este principio de mayoría tiene límites, es decir, aquellos espacios donde el principio ya no se aplica. Éstos son:

a) límite de validez: no es válido abolir el principio de ma-

yorías por una decisión mayoritaria;

b) límite de aplicación: hay materias en las que no se aplica, tales como los derechos humanos, los problemas científicos o las cuestiones de conciencia;

c) límite de eficacia: no siempre es buena la regla de mayorías en la solución de los problemas sociales.

También, el principio de mayorías conoce aporías, esto es, paradojas que pueden derivar de su aplicación.

La regla de mayorías no garantiza que pueda determinarse correctamente el cuerpo electoral —¿quién vota?—; tampoco resuelve el problema de los no votantes y de los que votan en blanco; finalmente, la mayoría puede ser alcanzada, dentro del juego democrático, por un acuerdo de minorías. Pese a todo ello, la democracia sigue siendo la mejor forma de gobierno.

De todos los que intervinieron en el debate, sólo Giuseppe Vaca adoptó una posición consistentemente antagónica con Bobbio. Los demás glosaron o desarrollaron las ideas planteadas por él. Las ideas de Vaca tenían el siguiente itinerario: Bobbio ha devenido en una modelística abstracta de la política; a ello ha llegado por una concepción tecnológica de la democracia, al margen de la historia; en la medida en que no ha logrado transgredir la dialéctica liberal entre individuo y Estado; por ello, la conclusión bobbiana es inevitablemente conformista: hay que conformarse con la democracia existente como mal menor.

A partir de entonces, Bobbio desarrolló otro conjunto de debates de menor importancia, en el que desarrolló en uno u otro sentido sus tesis centrales. Así, impulsó un debate sobre Gramsci y su credibilidad democrática; sobre una tesis de Althusser, acerca del pluralismo político, debate en el que participaron entre otros, De Giovanni, Badaloni, Buci-Glucksmann y otros; y finalmente el debate sobre el leninismo, ya entre el PCI y el PSI, a través de Bettino Craxi y Enrico Berlinguer.

Este conjunto de discusiones las condensaría en “El futuro de la democracia”,<sup>20</sup> en que explayaría la formulación final de su pensamiento.

Allí plantearía lo que llamó las promesas incumplidas de la democracia. Éstas son:

<sup>20</sup> Bobbio, *El futuro de la democracia*, FCE, 1986.

1) La pérdida del individualismo, frente a la pluralidad de grupos de poder.

2) La impotencia de la nación, frente a los intereses particulares al neocorporativismo.

3) La persistencia de las oligarquías.

4) La debilidad de la democracia social frente a la democracia política.

5) El desarrollo de un poder invisible que escapa al control ciudadano.

6) La inviabilidad del aprendizaje de la ciudadanía, por la tendencia a la baja de la participación y el desarrollo de una cultura de súbditos.

Sin embargo, estas promesas no podrían haberse cumplido. Su imposibilidad se debió al desarrollo de cuatro obstáculos no previstos por los fundadores de la democracia parlamentaria. Éstos fueron:

a) el desarrollo de la tecnocracia, cuya lógica es opuesta a la de la democracia;

b) el aumento de la burocracia, que incrementa los obstáculos a la democracia;

c) el escaso rendimiento (ingobernabilidad) de la democracia, que deriva de un incremento de las demandas sociales y un detrimento de la capacidad del sistema político para absorberlas, y

d) el desarrollo de la sociedad de masas que es contraria al proceso democrático, debido a la gran profusión de la industria cultural.

Todo ello, concluye Bobbio, deviene en una triple crisis del Estado moderno: una crisis de la democracia, una crisis del estado de derecho, y una crisis del Estado en su conjunto.

Así, Bobbio concluirá pesimistamente que, “nada arriesga tanto el asesinato de la democracia como un exceso de ella”. ¿Qué hay más distante de esta sentencia elitista que la crítica al aristocratismo de Heidegger que hiciera casi al comienzo de su carrera?

### **El tránsito definitivo(?): conclusión inconclusa**

Resumiendo su debate de los setenta Bobbio señalaba a comunistas y socialistas:

...me parece que en nuestro país sería bueno que comunistas y socialistas, en vez de echarse mutuamente a la cara la traición del socialismo o de la democracia, comenzaran a convencerse de que la tercera vía entre leninismo (o traición a la democracia) y socialdemocracia (o traición al socialismo) es solamente una idea de la razón, o peor aún, un producto de la imaginación... y prosiguieran juntos por la vía democrática.

Al final de sus días, Bobbio, el inventor de una tercera vía, que se propuso unificar en un solo cuerpo doctrinario liberalismo y socialismo, termina renunciando a este empeño. ¿Tuvo éxito? No cabe duda que en la política sí. Buena parte de lo que hoy pasa en Italia fue anticipado —como idea— y logrado —en polémica teórica— por Bobbio. Ni el eurocomunismo, ni su asimilación actual a la Internacional Socialista pueden ser entendidos sin la formidable batalla intelectual de Norberto Bobbio. Pero, ciertamente, ello ha sido a costa de renunciar a su programa inicial: la condensación de la doctrina liberal de la libertad individual y de la doctrina socialista de la justicia social en una sola.

Anderson ha preferido interpretar la evolución de Bobbio como el periplo propio de un pensamiento liberal encerrado en sus contradicciones. Me parece una interpretación reduccionista. ¿Podría entenderse la evolución del pensamiento bobbio sin el telón de fondo de la crisis del socialismo —y la carencia de respuestas de los marxistas a los problemas actuales— y el gran desarrollo económico de la Italia de posguerra —y la solución parcial de las cuestiones sociales?

Creo que no. Es en la ciencia política donde se revela con toda su fuerza la cuestión de la historicidad del pensamiento. Si a través de la obra de Norberto Bobbio pueden seguirse de cerca los avatares del pensamiento occidental en una de sus regiones, la de la ciencia política, es precisamente porque ella ha interpretado —en un sentido o en otro— problemas de la época; uno de ellos, los nexos complejos entre la tradición liberal y la tradición socialista. Evitar el destino del pensamiento bobbio, la renuncia final a articular teóricamente liberalismo y socialismo, obliga a entender su evolución en los varios contextos polémicos de la relación entre ambos. No considerarlo así es una manera más de prolongar, acaso sin quererlo, tal divorcio.